

América Latina: Sus vinculaciones con el Sistema y sus Relaciones con los EE.UU.

Arturo Fernández

El hecho más sorpresivo del primer semestre de 1988 fue el fracaso de la intensa presión económica y diplomática ejercida por los Estados Unidos sobre Panamá para lograr la renuncia del General Manuel A. Noriega a su cargo de jefe de las Fuerzas de Defensa, desde el cual conduce de hecho la vida política de su país. A ello se suman otros serios contrates rehecho la política de la Administración Reagan en América Central, tales como la derrota electoral y la posterior enfermedad del Presidente salvadoreño Duarte y las crecientes divisiones en el seno de la “contra” nicaragüense, enfrentada a una negociación directa con el gobierno sandinista. El actual ocupante de la Casa Blanca concluirá su mandato en enero próximo y seguramente el gobierno revolucionario de Managua y hasta el propio Noriega continuarán entonces en sus funciones.

¿Es eso signo de debilidad y/o de decadencia norteamericana? ¿Implican estos hechos el inicio de una nueva etapa en las relaciones conflictivas entre Washington y sus vecinos del sur del Río Grande? ¿Qué repercusiones se registrarán en la propia sub-región centroamericana? ¿Tomará nuevos rumbos la política latinoamericana y centroamericana de los Estados Unidos tras el relevo de Reagan? ¿Cuáles serían ellos?

Contestar aún parcialmente estas preguntas exige formular consideraciones sobre los cambios operados en el sistema internacional durante los años ochenta y sus repercusiones en nuestra región.

1. Algunas reflexiones sobre el sistema internacional.

Es preciso recordar que América Latina es dependiente económica y políticamente de los Estados Unidos y que esta dependencia se presenta de forma diversa; por ejemplo, América Central y el Caribe sufrieron los peores abusos del imperialismo norteamericano desde hace más de un siglo por razones geopolíticas “necesarias” y por la debilidad de sus Estados: mientras tanto, países como la Argentina pasaron a la esfera de la influencia estadounidense recién después de la Segunda Guerra y con mayores márgenes de autodeterminación¹.

¹ Estas observaciones pueden parecer obvias para algunos pero es necesario reafirmarlas ante una creciente mistificación ideológica que pretende confundir dependencia con interdependencia y/o complementariedad. Respecto al desarrollo del tema en las Ciencias Sociales de la región

La colosal deuda externa actual es la abrumadora prueba de esa dependencia económica que pocos discuten y muchos aceptan resignadamente como un hecho irreversible. La dependencia política no es más opaca; ella se expresa claramente a través de la intervención militar directa o indirecta de los Estados Unidos (hoy) en Nicaragua o El Salvador, ayer en Granada, República Dominicana, Guatemala y tantos otros “casos”); pero también son dependientes de los norteamericanos los Ejércitos de la “seguridad nacional”, preparados para reprimir los movimientos populares y que han gobernado tanto países de manera totalitaria y genocida¹. Como dice Coraggio: “aunque contradictoriamente y no siempre de la misma manera, los ejércitos nacionales han sido el principal instrumento del proyecto imperialista. No se trata de abstracciones no de retórica... Al nivel más visible de los actores y sus comportamientos, basta ver quien los entrena en la Escuela de Panamá, quién los abastece a través de una `ayuda` militar cuyo control suele escapar los gobiernos civiles, quien codiseña sus tácticas y estrategias” (pág. 48, op. cit.); y el citado autor se pregunta a continuación: “¿Podrán confundirnos las eventuales intervenciones (norteamericanas en Pro de una democratización formal, que mantienen intocados los reductos de “seguridad” de los EE.UU. en el continente?

Durante los sesenta y setenta los militares reprimieron a los movimientos populares (a veces “preventivamente”) en Brasil, Bolivia, Uruguay, Argentina, Chile, Venezuela y varios países centroamericanos y del Caribe; Argentina y Chile le encabezaban entonces el lote de países violadores de los derechos humanos. Actualmente ese puesto lamentablemente lo han ocupado Perú y Colombia, mientras se siguen pisoteando esos derechos en Chile, Guatemala, El Salvador, Haití y Honduras.

Sería simplista atribuir a los norteamericanos la exclusiva responsabilidad de tanta barbarie desatada; pero ellos sostuvieron y sostienen corruptas burguesías locales que, incapaces de generar un proyecto hegemónico, han transformado los Ejércitos en “Partido” conservadores o ultra-conservadores y han estimulado su accionar político para reguardar un orden social inicuo; al mismo tiempo, Washington entrenaba a esos militares para que protegiesen los intereses estratégicos de los Estados Unidos y, en consecuencia, los de sus retrógrados aliados socio-políticos latinoamericanos. Constatamos el hecho que la dependencia económica y política respecto a EE.UU. es el dato esencial que condiciona en grados diversos las relaciones exteriores y también la vida interna de los países latinoamericanos; por lo tanto cabe plantearse si la dependencia predominante en el conjunto del área implica un aumento de esa dependencia o, el contrario, una reducción de la misma.

Durante los años setenta, un cierto resquebrajamiento de la hegemonía norteamericana en el sistema internacional (debido a la derrota en el Vietnam, al

adherimos al punto de vista de CORAGGIO José Luis, “Asumir a Nicaragua” en “David y Goliath”, GLACSO, Buenos Aires, Setiembre de 1987, pág. 45 y sgtes.

surgimiento de nuevos centros de poder económico y político, a la crisis económica estructural, etc.) se tradujo en un mayor grado de autonomía para el conjunto de países periféricos, lo cual incrementó la presencia internacional de América Latina. Sin embargo, las dictaduras de la “seguridad nacional” mantuvieron la dominación imperialista en muchos países...

Durante la década presente, signada por el triunfo del neoconservadurismo americano en las elecciones presidenciales de noviembre de 1980, la dependencia latinoamericana se acentuó como resultado de la evolución del sistema internacional.

Estados Unidos, bajo la dirección de Ronald Reagan, fundó su conducta diplomática y militar para la región en buena parte de los principios expuestos en el documento del Comité de Santa Fe, redactado en mayo de 1980 por un grupo de neo-conservadores próximos en la ultraderecha².

Partiendo del supuesto “que estamos casi al borde de la tercera guerra mundial” que “por doquier EE.UU. esta en la retirada”²; y que “jamás nuestro país se ha encontrado en una situación tan riesgosa”..., Reagan lanzó una formidable carrera armamentista, a la cual no fue ajena su concepción para superar la crisis estructural del capitalismo. Con la excusa de hacer retroceder el peligro comunista, se trataba de recuperar la dominación de algunos países que habían obtenido grados de independencia significativos y/o que pretendían salir del sistema capitalista. El gobierno americano financio y organizo la desestabilización de Angola y Mozambique que (que con la ayuda de Sudáfrica), la de Afganistán y Etiopía y, naturalmente, la de Nicaragua y Granada.

Asímismo, en América Latina se trataba de hacer fracasar el Tratado Cartes-Torrijos sobre la devolución del Canal de Panamá; de abandonar la política de promoción de los derechos humanos sustentada por Carter, sustituyéndola por la del apoyo irrestricto a los regímenes amigos que combatiesen la llamada “subversión comunista” o el “terrorista”; de “enfrentar” a la “Teología de la Liberación”, para la cual ya se contaba con cómplices eminentes en El Vaticano; de reforzar de los lazos con las Fuerzas Armadas de la región y, en particular, con “los oficiales de rango inferior”; y, en fin, de revitalizar es sistema de seguridad mediante el sostenimiento del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) con el objetivo de reforzar “la seguridad del hemisferio contra las amenazas externas e internas”².

Sin haber concluido el gobierno de Reagan, sería apresurado hacer un balance global de sus éxitos y fracasos en política exterior (o interior). Pero los neo-conservadores partían de un análisis falso (el avance soviético-comunista capaz de cercara los EE.UU. y al “mundo libre”) que el propio Reagan ha desechado al reiniciar un cordial dialogo con la dirigencia del Kremlin y, al avanzar en el camino del desarme nuclear. Sin embargo, su expresa voluntad de dominar

² El texto completo se puede leer en “Encuentro” N° 33, Lima, diciembre de 1988.

a los países dependientes del sistema capitalista, en particular a los del continente americano, y de impedir que cualquiera de ellos opte libremente por un sistema no-capitalista se puso en práctica y causó estragos en los pueblos que luchan por su liberación.

La presencia y el cinismo norteamericano alcanzaron niveles desmesurados, al tiempo que el gobierno de Reagan violaba las leyes nacionales e internacionales para cumplir objetivos imperialistas que parecían propios de la era de la expansión colonial. El “Irangate” mostró el grado de corrupción que los neo-conservadores introdujeron en el manejo de las relaciones internacionales³. Hemos analizado en números anteriores de “Acción Crítica” las líneas de conducta norteamericana en América Central, el Caribe, México y Panamá⁴.

La ofensiva de Reagan para someter a los pueblos latinoamericanos conoció reveses que la fueron modificando. En 1982, la dictadura militar argentina, la cual estaba colaborando con los Estados Unidos en “guerra sucia” centroamericana, “desobedeció” a Reagan y se enfrentó con Gran Bretaña, tras haber recuperado una porción de su territorio nacional colonizada desde el siglo pasado: las islas Malvinas. Argentina fue derrotada por la Fuerza de Tarea inglesa que recibió apoyo logístico de los Estados Unidos; pero ello demostró fehacientemente: a) que el TIAR es una norma internacional que los norteamericanos no respetan sino en defensa de sus propios intereses; b) que América Latina es absolutamente marginal en la escena internacional en la medida que la profunda dependencia económica y político-ideológica de sus actuales clases dominantes las inhibe de proyectarse con un mínimo de audacia y de coherencia en la pugna por la distribución del poder mundial.

Entonces el gobierno norteamericano se vio obligado a adoptar la estrategia de la guerra de baja intensidad en América Central “que implica desgaste u conflicto prolongado, y en el cual el elemento militar está subordinado al desgaste diplomático y al asedio económico, mediante el cual se intenta reducir –primero- la capacidad de supervivencia del gobierno de Nicaragua y –luego- la capacidad de las organizaciones político-militares radicales en el resto del área”⁵.

La respuesta del Grupo de Contadora y, luego, la del Grupo de los Ocho (altamente representativo de América Latina) lograron neutralizar parcialmente los planes de Reagan y, tras múltiples negociaciones, hicieron factible el Acuerdo de Esquipulas de agosto del año pasado. Pese a ello, no ha cesado la intervención norteamericana en América Central y, particularmente, en Nicaragua y El Salvador.

³ En general, la Administración Reagan está plagada de funcionarios que han violado normas éticas y jurídicas en el desempeño de sus cargos políticos.

⁴ En particular ver el N° 20 de “Acción Crítica”, Lima, diciembre de 1986.

⁵ MAIRA Luis, “La crisis del sistema internacional” en “Proyectos de Cambio”, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1988, pág. 194.

En otros aspectos, la agresiva defensa de los intereses de Estados Unidos implicó el retroceso de las posiciones latinoamericanas. Ello se observó en los siguientes aspectos: en materia económica, se despolitizó sensiblemente el debate económico internacional, revirtiendo las prácticas de los años anteriores; perdió vigencia el proyecto del Nuevo Orden Económico internacional cuya expresión latinoamericana había sido la creación del SELA⁶ en 1975; el precio de las materias primas e incluso el petróleo descendieron a los niveles más bajos desde la crisis de los años 30, lo cual dismanteló los carteles de productores que se habían organizado y frustró la posibilidad de su generalización y ampliación; en fin, los acreedores de la colosal deuda externa latinoamericana han logrado mantener divididos a los deudores, las cuales siguen cumpliendo las leoninas obligaciones impuestas.

La presencia de los proyectos políticos europeos en América Latina (sobre todo el socialdemócrata y el democristiano, desarrollados desde 1960) fue parcialmente neutralizada por la Administración Reagan, la cual los obligó a adoptar sus puntos de vista o los ignoró a través de visibles presiones a los diversos gobiernos europeos; en general, la democracia cristiana “acató” dócilmente las posturas de Washington pero la socialdemocracia también contuvo sus impulsos reformadores, expresados antes de 1980.

“La América Latina de los 80 se parece mucho más al diseño de la política exterior norteamericana, con dos potencias intermedias, México y Brasil, limitadas a su capacidad operativa pero con mayor manejo del resto: dos países complementarios como potencias de segundo orden: Argentina y Venezuela; y cuatro subregiones: el Caribe insular, Centroamérica, los países andinos y el Cono Sur. Entre casa uno de estos elementos dispersos existe la incomunicación, la dificultad para ajustar intereses comunes y una diferenciación de comportamientos internacionales bastante sensible”⁷.

En fin, el creciente consumo de drogas en los Estados Unidos condujo al gobierno de Reagan a creer que la solución de este grave problema reside en la intervención directa y hasta militar en los países productores de drogas. Aún sectores conservadores de los países productores (México, Perú, Bolivia, Colombia) rechazan las humillantes propuestas americanas en defensa de un mínimo de la dignidad nacional.

2. El deterioro de la política centroamericana de Reagan

A partir del descrito marco de la política regional de los Estados Unidos, la rigidez unilateralista de su conducta externa agravó las tradicionales contradicciones existentes en sus relaciones con América Central y profundizó la crisis de la sub-región:

⁶ SELA: Sistema Económico Latinoamericano.

⁷ MAIRA Luis, Op. cit, pág. 195. El fracaso del Presidente peruano García para lograr una posición común frente a la deuda que desconociese las exigencias del Fondo Monetario Internacional es un buen ejemplo de esa atomización.

Ello condujo al desgaste de los proyectos de Reagan y hace prever, como ya lo anuncia el candidato demócrata a la Presidencia Americana (Dukakis), que habrá algunos cambios relativos en las relaciones entre el país del norte y los centroamericanos al concluir el período gubernamental actual.

Los principales traspiés recientes de Reagan en Centro América y el Caribe fueron los siguientes:

a) En Haití aborda la transición a la democracia política

Aún los sectores conservadores norteamericanos proclaman que un objetivo de su política latinoamericana “debe ser” incrementar las posibilidades para que sobrevivan en la región gobiernos “democráticos y estables”.

Pues en Haití la Administración Reagan intervino de forma casi directa para que las Fuerzas Armadas expulsasen al dictador Baby “Doc” Duvalier en febrero de 1986, cuando se incrementaba la resistencia popular contra ese arcaico régimen; inmediatamente se instaló un Consejo Nacional de Gobierno controlado por las Fuerzas Armadas y presidido por el general Henry Namphy. Pero al poco tiempo los militares desplazaron a los sectores progresistas del gobierno e impidieron que se juzgara a la mayoría de los personeros de la dictadura; contradictoriamente a su aparente voluntad democratizadora, Washington respaldó el alto mando castrense. Aun así, el vigor de las demandas populares, la organización de movimientos sociales liderados por católicos y protestantes progresistas y la conformación de cuatro a cinco partidos de base social amplia, desbordaron los planes de darle continuidad al “duvalierismo” sin los Duvalier, el cual albergaban las Fuerzas Armadas, los sectores oligárquicos ligados a los enclaves de exportación y diversos grupos beneficiarios de la desenfadada corrupción patrocinada por la dictadura, incluidos bandas de “Tontos Macoute”⁸ que no fueron desmanteladas ni siquiera desarmadas.

A mediados de 1987, la ofensiva del movimiento popular obligó a Namphy a dejar de lado su intento de amañar las elecciones generales previstas para noviembre; los cuatro partidos que sobresalían eran de centro y de centro-izquierda y no podía hablarse seriamente de “peligro comunista”.

Sin embargo, Washington prefirió seguir apoyando al Consejo Nacional de Gobierno y a las Fuerzas Armadas y, aún más, envió a Puerto Príncipe un funcionario del Departamento de Estado, Richard Holwill, para resolver las diferencias que existían en la cúpula castrense; con ello inclinó la balanza a favor de una salida anti-democrática.

Las elecciones de fines de 1987 fueron sangrientamente boicoteadas por bandas armadas toleradas, sino azuzadas, por los militares y Namphy decidió

⁸ “Tontos Macoute”: cuerpo de choque y policía política siniestros, creados por Duvalier.

anularlas; entonces Estados Unidos los sancionó quitándole 60 millones de dólares de ayuda económica, pero descartó una acción directa solicitada por los medios democráticos haitianos. En enero de ese año hubo elecciones bajo control militar, en las cuales prevaleció la abstención reclamada por los cuatro principales partidos políticos y resultó más votado un dirigente civil aceptado por la cúpula castrense Leslie Manigat.

A penas cinco meses después, el nuevo presidente ensayó algunas reformas que pretendían limitar el poder militar y Namphy reaccionó ejecutando un golpe de estado y proclamándose dictador. Esta vez Estados Unidos aceptó el hecho consumado sin ensayar una protesta energética.

¿Es que Washington deseaba realmente un gobierno democrático en Puerto Príncipe?; ¿temió una parte de la Administración Reagan un desborde popular en caso de implantarse ese tipo de sistema político “abierto”?

Pareciera poco creíble que, en Haití, pueda funcionar un gobierno contra la voluntad norteamericana: si las ilusiones democráticas gestadas en 1986 acaban allí de abordar, una de las causas principales de esta experiencia fallida es la inconsistencia y quizá el sentido contradictorio de las “señales” enviadas desde Washington.

b) En El Salvador fracasa el Partido Demócrata Cristiano

En las elecciones legislativas del 20 de marzo, caracterizadas por una alta abstención, triunfó ampliamente el partido ultraderechista ARENA, ligado a las bandas para-militares, y la Democracia Cristiana del Presidente Duarte quedó sin mayoría propia en el Parlamento.

Luego, las divisiones y ciertos casos de corrupción al interior del PDC y la enfermedad (probablemente incurable) de Duarte agravaron el clima de desgobierno e hicieron temer por un golpe militar. Ello no se ha producido pero, de hecho, la influencia castrense ha aumentado y seguiría incrementándose si la extrema derecha triunfase en las elecciones presidenciales de 1989. Ello dividiría al país en dos bandos: el “polo” insurgente, encarnado por el “Frente F. Martí”, y una fracción fascistoide e inescrupulosa que abusaría aún más del poder estatal.

Desde la perspectiva norteamericana, la tendencia hacia este desenlace implica el fracaso de la democracia cristiana, la fuerza política que, por su carácter reformista moderado, podía haber satisfecho ciertas expectativas populares, derrotando políticamente a la guerrilla. Duarte no pudo, pero tampoco quiso, realizar esas reformas, las cuales suponían enfrentar a la burguesía y a los militares y quizá aliarse con sectores sindicales y políticos de izquierda.

El PDC, bajo presión de la propia administración Reagan, también desechó la posibilidad de negociar la paz con el FMLN, profundizando su crisis de credibilidad.

c) Panamá resiste la presión de los Estados Unidos

Casi seis meses después del inicio de la Presidencia Reagan el líder nacionalista popular General Torrijos, murió en un accidente aéreo (¿puede dudarse hoy que ese “accidente” fue provocado por voluntad norteamericana?)⁹. Ello creó un cierto vacío de poder en Panamá y los norteamericanos trataron de llenarlo con sus presiones y con figuras ubicadas en el seno de las Fuerzas Armadas y del Estado que sirvieran sus intereses. Probablemente Noriega jugó un rol “pro-americano” durante cierto tiempo, como lo indicaría su apoyo a la candidatura presidencial de Nicolás Ardito Barletta en las cuestionadas elecciones de 1984.

La ruptura de Noriega con los Estados Unidos se produjo durante 1986; entonces los militares ya habían reemplazado a Barletta, por considerarlo enfeudado al poder económico transnacional, designándose Presidente a Eric Delvalle, líder de un pequeño partido que integraba la Unión Democrática, cuya fuerza hegemónica siempre residió en el Partido Revolucionario Democrático (Torrijista) y, sobre todo, en las Fuerzas de Defensa (Ver “Acción Crítica” N° 20, diciembre de 1986, Pág. 72).

Es creíble la versión de Noriega acerca de los motivos de su conflicto con Washington; él sostiene que se negó a apoyar una invasión a Nicaragua y a contribuir a los planes americanos en América Central; ello lo enfrentó con John Pointdexter y William Casey, cuyas turbias maniobras en la región se conocieron (parcialmente) gracias al “Irangate”. Los medios periodísticos occidentales atribuyen esa ruptura al tema del narco-tráfico que Noriega toleraría y del cual se beneficiaría; sin embargo, cabe preguntarse: ¿por qué el gobierno de Estados Unidos se preocupó recién a partir de 1986 de ese supuesto “negocio” ilícito militar panameño?; si Noriega hubiese respaldado a Barletta y al sector adicto a los intereses imperialistas de la región, ¿no había logrado total impunidad para sus actividades más o menos ilegales?; ¿no cuenta con esa impunidad el Primer ministro de Bahamas Pinding, complicado el narco-tráfico pero intachable “pro-occidental”?...

A partir de 1987, Estados Unidos propugnó una ofensiva global contra Noriega, con el apoyo de la derecha panameña y latinoamericana. Se formó entonces la Cruzada Cívica Nacional, una suerte de “contra” panameña civil e incapaz de organizar acciones armadas; durante el año pasado, se produjeron manifestaciones anti-gubernamentales en la ciudad de Panamá, algunas de las cuales contaron con apoyo multitudinario. En diciembre, Richard Armitage, alto funcionario del Ministerio de Defensa Americano, viajó a Panamá para exigir personalmente a Noriega que renunciase. Como el militar panameño se negó, el gobierno norteamericano indujo a un jurado de Miami para que acusase a Noriega

⁹ ¡Oh casualidad!, un mes antes también había muerto en otro “accidente” aéreo el Presidente nacionalista ecuatoriano Jaime Roldós, quien apoyaba –tal como Torrijos- la revolución sandinista.

de tráfico de drogas y delitos conexos, gracias al dudoso testimonio de delincuentes comunes y de un ex-cónsul panameño de sinuosa trayectoria (febrero).

El 25 de ese mismo mes, el Presidente Delvalle –“contactado” por los americanos en Miami- destituyó a Noriega pero éste logró que la mayoría parlamentaria reemplazase a Delvalle por un ministro leal al jefe militar, Manuel Solís Palma.

La administración Reagan creyó llegado el momento de liquidar a Noriega y al torrijismo. El Presidente Delvalle se declaró dispuesto a resistir la decisión del Parlamento y pasó a la clandestinidad. Los Estados Unidos suspendieron sus pagos y congelaron el envío de dólares a Panamá, país cuya moneda es prácticamente la divisa americana. La Cruzada Cívica puso en marcha un plan de agitación y huelga general que paralizó el país un par de semanas. El 16 de marzo, un pequeño grupo de militares panameños intentó un golpe, fácilmente controlado por las fuerzas adictas a Noriega.

Cuando fue evidente que todos esos “planes” no lograban eliminar a Noriega, el gobierno americano (un tanto indeciso y dividido sobre la línea de acción a seguir) envió 1.300 soldados para “reforzar la seguridad” de la Zona del Canal (donde diversos contingentes militares suman cerca de 10 mil efectivos), amenazó con usar medios militares contra Noriega y trató infructuosamente de provocar algún incidente con las fuerzas panameñas.

A fines de abril prevaleció la idea de negociar nuevamente con Noriega, quien hacia gestos de flexibilidad política interna que reforzaron la imagen del Presidente Solís Palma (se reestructuró el gabinete, se confirmó la realización de las elecciones presidenciales para 1989, se llamó a un diálogo nacional con la oposición, etc.)

Las conversaciones entre emisarios americanos y Noriega se prolongaron hasta el 25 de mayo, fecha en el secretario de Estado Schultz anunció que no se había llegado a un acuerdo, reconociendo implícitamente el fracaso de las tentativas americanas para lograr el alejamiento del Jefe de las Fuerzas de Defensa de Panamá.

No se ha cerrado el “tema de Noriega” ni, sobre todo, el del Canal de Panamá que constituye la causa explicativa del grotesco intervencionismo americano en ese país, como decíamos en el citado artículo; “la derecha americana ansía destruir los últimos bastiones militares y civiles del torrijismo para poder renegociar el “status” del canal de Panamá, que nunca resignó a perder, con un “democrático gobierno” de la derecha panameña (pág. 70, op. cit.).

La economía de Panamá ha sufrido un duro golpe debido a las sanciones de los Estado Unidos y su dependencia estructural no ha sido revertida; el torrijismo tampoco ha logrado crear una organización política civil sólida...; sobre

estas debilidades, el humillado gobierno de Reagan tratará de cobrarse una dura revancha¹⁰.

Por su parte, las ambigüedades del liderazgo de Noriega y las carencias actuales del torrijismo no parecen ser impedimentos para que sectores populares panameños significativos soporten las consecuencias del “desafío” anti-imperialista y apoyen un gobierno plagado de insuficiencias pero “propio” y no impuesto por los Estados Unidos y sus aliados locales. Sólo esa relativa popularidad de las Fuerzas de Defensa y la fidelidad del pueblo a la lucha de Torrijos por recuperar el Canal han hecho posible hasta ahora el fracaso de los planes de Reagan.

Estos hechos demuestran que la Administración Reagan no logró realizar todos sus objetivos en América Central y que ni siquiera hay unanimidad en la clase política americana acerca de cómo prevenir y/o combatir el “avance del comunismo” en la Sub-región. Sin lugar a dudas que esta frustración reforzará las luchas de liberación emprendidas en América Latina y alentará el surgimiento de nuevas experiencias transformadoras.

El impacto del neo-conservadurismo americano debilitó a las fuerzas que luchan por el socialismo o simplemente por la consolidación de democracias sustantivas, basadas en la justicia social y en grados satisfactorios de independencia económica y política; pero los efectos de ese impacto comienzan a revertirse a medida que se diluye el prestigio de la “revolución (?) conservadora” de Reagan.

Aún el triunfo de Bush implicaría ciertos ajustes en las relaciones entre Washington y sus vecinos latinoamericanos; pero, al contrario, ningún Presidente americano podrá modificar graciosa y sustancialmente las relaciones hemisféricas de carácter asimétrico, a través de las cuales se vehicula la dominación de los EE.UU. Sólo las luchas de las clases y los pueblos oprimidos de la región lograrán revertirla y hacer posible una nueva vinculación armónica entre América Latina y el sistema internacional.

Lima, julio de 1988.

¹⁰ La actividad del grupo de los “8” Estados Latinoamericanos que integraba Panamá fue lamentablemente indefinida. Por un discutible formalismo “democrático” esos 7 países no reconocieron al gobierno de Solís Palma, el cual tuvo el mismo origen constitucional que el de Delvalle, apoyando así la postura de Reagan; pero quizá su opinión opuesta a una intervención militar americana haya frenado los impulsos belicosos de un sector del gobierno de Reagan (Abrams y otros “halcones”). Finalmente, los 7 “terminaron divididos sobre el caso Panamá”.